

## *Rusia y la Revolución Francesa*

*Alain Besançon*

Doctor en Historia y Letras  
Universidad de la Sorbona

La Revolución Francesa significó un doble desafío para todos los países de Europa. En primer término, todos, excepto Inglaterra que ya había tenido su propia revolución, comprendieron que ella era una de las futuras contingencias con que deberían contar y, en segundo lugar, que como esta revolución ya había ocurrido y su desarrollo era conocido, ya no se la podría repetir inocentemente. Por consiguiente, todo proceso que tendiera a lo revolucionario fue comparado, medido, con angustia o esperanza, con el formidable precedente francés.

El caso de Rusia aparece determinado por particularidades (tamaño, situación periférica, historia) que, en su mayoría, pueden agruparse en una sola: el desfase cronológico en relación a las condiciones del acontecimiento revolucionario francés. Rusia se hallaba, en efecto, porque ella se había puesto deliberadamente allí, en la misma línea histórica de Francia, salvo que con un enorme retraso. Por largo tiempo, ella fue ajena al mundo europeo, pero la voluntad de Pedro el Grande la unió definitivamente a él. La Europa de los reyes, así como la de la Ilustración, tomó debida nota de ello. Sin embargo, en un comienzo, ella se halla en la periferia más alejada. Su agricultura, su artesanado, su literatura son los más pobres de toda Eurasia. Su sociedad es la más simple: siervos y una nobleza aún comprometida en el servicio del Estado. En 1789, Rusia no es como la Alemania occidental o los Países Bajos, un antiguo régimen ya en el ocaso. Al contrario, ella se esfuerza por crear este antiguo régimen que, para ella, representa el progreso y que, en 1789, acaba de nacer.

En un mundo de tal indigencia, ¿cómo podía Pedro el Grande hacer brotar poderío militar, riqueza, civilización? Imitando, con una brutalidad que podía llegar a la atrocidad, a las monarquías militares de Suecia y Prusia. Entregando los campesinos a los nobles, para darles algunos recursos. Forzando a estos nobles a recibir un rudimento de educación. Movilizando a los

más capaces de los sacerdotes y a toda la nobleza, para costear el ejército, la administración, el gobierno central y local.

Ahora bien, el *Polizeistaat* petersburgués, tuvo éxito, si bien parcialmente, en menos de un siglo. Bajo el reinado de Catalina, fue posible disminuir algo el esfuerzo estatista sin que todo volviera a caer en la inercia y en la postración. Catalina no podía pensar en reemplazar al *Polizeistaat* (Estado policiaco) por un *Ständestaat* (Estado corporativo): habría sido prematuro. Pero sí podía preparar un *Ständegesellschaft* (Sociedad corporativa), es decir, una sociedad fundada en “Estados” o, por lo menos, en un “Estado”, aquel que comenzaba a tomar forma y a figurar: la nobleza. La indiscutible convergencia entre la Rusia de Catalina y Europa descansa en la lograda aculturización de la nobleza rusa. Ese medio millón de hombres adquiere los modales, el atuendo, las responsabilidades de un gentilhomme europeo. Desde 1762, ya no está obligado al servicio militar. Desde 1785, ya no puede ser legalmente golpeado. Comienza a gozar de un verdadero derecho de propiedad sobre sus tierras y sus siervos. Habla una lengua nueva, capaz de literatura: el ruso de Fonvizin y del joven Pushkin. Es feliz. Lo poco de agrado de vivir que Rusia conoció nunca, ocurrió en la élite urbanizada de la nobleza y en la breve generación que va de la madurez de Catalina a las guerras del Imperio, tan alegres y honorables. Por desgracia, la primavera del antiguo régimen ruso coincide justamente con la Revolución Francesa.

A partir de entonces, un espectro rondó a Rusia. ¿Cómo alejarlo? Esa fue la cuestión dominante hasta 1861. ¿Cómo llegar a componendas con él? Fue lo que se preguntó Rusia de 1861 a 1917, cuando su antiguo régimen, ahora maduro, y pronto declinante, vio acercarse su revolución.

#### ¿CÓMO ALEJAR LA CRISIS? 1789-1861

La Revolución Francesa no será fácilmente interpretable desde el extremo ruso de Europa. Se distinguía los grandes momentos: la caída del rey, la persecución de la nobleza, el terror y, finalmente, el trastorno de las relaciones internacionales que no resultaba tan desfavorable, ya que permitía proceder, en buenas condiciones, al reparto de Polonia; pero que se reveló tan preñado de graves amenazas militares y, lo que es más, de una invasión tan peligrosa, como Rusia no había conocido nunca desde hacía dos siglos.

Vista desde Rusia, la Revolución es un solo bloque que abarca también al régimen imperial. 1812, el año del verdadero enfrentamiento (Zurich, Austerlitz, Eylau sólo fueron combates de reconocimiento y de vanguardia), vio enfrentarse al Antiguo Régimen ruso adolescente y al joven nuevo régimen francés.

Apartada la amenaza militar, quedaba la amenaza política.

¿Cuáles fueron las soluciones encaradas por el Estado ruso, por la nobleza y por los intelectuales?

El Estado ruso, desde tiempos de Catalina y de Pablo I, recurrió a medidas profilácticas que fueron agravadas hacia fines del reinado de Alejandro y bajo Nicolás I. El cierre de las fronteras, la prohibición de viajar al extranjero, la censura, formaban parte de las viejas recetas del Estado. No hay, por tanto, que exagerar su alcance. Cuando la oposición adquirió fuerzas, se acordó de esos hostigamientos como de una pesadilla; por cierto, no es agradable para un profesor mostrar su curso a la autoridad, ni para un escritor su manuscrito. Sin embargo, prosiguió vivamente la entrada de las ideas, de la Ciencia, de las técnicas, de la erudición universitaria europeas, a pesar de estas trabas, favorecida por la acción misma del Estado ruso que pretendía ser más *Ausflärer* (esclarecedor) que nunca, y el *Kulturträger* (portador de la cultura) de Rusia.

El Estado ruso pensaba, en efecto, que en lo concerniente a hacer entrar el país en el mundo moderno, no tenía lecciones que seguir de Francia. El modelo de Pedro el Grande estaba aún en pleno vigor y, si bien Napoleón podía interesarle, era como déspota ilustrado, proveedor de innovaciones administrativas adaptables al medio, según los métodos petersburgueses probados. Visto desde Rusia, Luis XVI se había perdido por haber retrocedido ante las reformas necesarias. A tales reformas, la burocracia rusa procedía audazmente desde hacía un siglo. Nicolás I continúa, pues, en el impulso adquirido del "Estado bien civilizado" con más regularidad y suavidad, después de todo, que Pedro: así se propone hacer inútil la revolución, desarmarla por adelantado.

Por tal motivo, desarrolla una red de enseñanza secundaria y superior que, hasta entonces, sólo existía en el papel. El liceo napoleónico y la universidad alemana son copiados con esmero y dan a los hijos de la nobleza y al clero, una educación a la europea de excelente nivel. Una literatura que se nutre enteramente de Voltaire, Rousseau, Walter Scott, Byron, nace con Pushkin. El objetivo es proveer, a la administración, de funcionarios competentes y, al país, de una civilización a la altura de su poderío.

Pero el modo principal de conjurar el espíritu revolucionario es estabilizar el ejercicio del gobierno y de la vida social, basándola en el derecho. Una vez más, Nicolás seguía la línea de la gran Catalina quien también quería tranquilizar a su pueblo, protegerlo contra la arbitrariedad y el capricho. El solo hecho de que el nivel cultural de la administración se eleve un poco y que la red administrativa adquiera consistencia contribuye a suavizar las costumbres. Lo esencial fue el ordenamiento del derecho, al que está ligado el nombre de Speranski. No se atrevieron a elaborar un código; pero la clasificación sistemática de las leyes en el *Svod*, en quince volúmenes, permitió introducir conceptos jurídicos adaptados de los modelos prusiano y francés. En adelante, la administración y las cortes de justicia dispusieron de un marco estable, sólido, que respondía a una idea general de legalidad, de permanencia y de derecho. Las confiscaciones, tan frecuentes aún en el siglo

xviii, se hicieron excepcionales. La noción de contrato se precisa: la economía moderna se hace jurídicamente posible.

Nicolás puede pensar que controla el hecho revolucionario en todos sus aspectos. No es conservador, ya que impulsa vigorosamente el modelo petroviario, el que ha sido y sigue siendo, en el contexto ruso, un modelo revolucionario o, en último término, modernizador. Tampoco es tiránico, como lo fueron Pedro el Grande y Napoleón, ya que da a las clases sociales no sometidas a servidumbre, más seguridad y garantías de lo que nunca tuvieron. Finalmente, esta política probó su eficacia, ya que Rusia fue capaz de aplastar al mayor conquistador de los tiempos modernos, y que, en la Europa de los tratados de Viena, Rusia ocupó el centro del dispositivo de seguridad de los antiguos regímenes. Esta victoria evitó tener que recurrir a las reformas riesgosas que debieron adoptar Prusia y Austria, en particular, la eliminación del vasallaje.

Subsistían, sin embargo, algunos motivos de inquietud. El incidente decembrista mostró que, del seno del antiguo régimen, del seno de la nobleza privilegiada, podía nacer una mezcla de revolución de palacio, tipo siglo xviii, y de romanticismo de izquierda post-revolucionario, a la española o a la italiana. El estilo burocrático y militar del gobierno ensanchó la trizadura entre la elite de la nobleza y el Estado. El remedio consistió, entonces, en recurrir a un taponamiento mediante el nacionalismo.

El nacionalismo fue la gran idea que los antiguos regímenes tomaron de la Revolución Francesa, debido a que, convenientemente modificado, podía ser vuelto contra la revolución.

El "nacionalismo oficial" de Nicolás y de su ministro Uvaroff, que se enuncia como "Autocracia, Ortodoxia, *genio* del pueblo (Narodnost)" no sólo insiste en la unión orgánica que, en Rusia, une al Zar y a todos los "Estados" de la sociedad, sino que indica que Rusia sigue una vía aparte, única, diferente de la de Europa, y mejor. Ello significaba abrir una peligrosa contradicción, ya que la legitimidad petroviaria del Estado petersburgués descansaba justamente en su capacidad de "alcanzar" a Europa, en todos los planos. Las rudezas escandalosas de la vida rusa hallaban su excusa en el retardo y en el carácter provisorio de las mismas. Pero si la vía rusa era en verdad específica, había que, o bien suprimirlas, lo que era imposible, o bien negarlas, en cuyo caso se entraba en la mentira generalizada. Hacia fines del reinado de Nicolás se estaba de lleno en ella.

Por otra parte, ¿cuál es la actitud de la nobleza?

Podemos considerar como representativa de tal actitud la famosa *Memoria sobre Rusia antigua y moderna*, entregada al zar Alejandro, por Karamzin (1811). Preconiza el absolutismo liberal. Que Rusia conserve al monarca autócrata que ha hecho su gloria y su grandeza. Que este monarca autócrata, sin conceder nada a la libertad política, otorgue generosamente las libertades civiles a quienes son dignos de ellas. Que humanice el derecho penal,

consolide la libertad personal de la nobleza y de la burguesía citadina; que la tolerancia religiosa progrese; que se deje vía libre a la iniciativa privada en la vida económica.

¿Y los campesinos? La nobleza cree que aún no ha llegado el momento de emanciparlos. Sería abrir una brecha en el derecho de propiedad tan nuevo aún. Además, si se los emancipa, no trabajarán más, se emborracharán, harán desorden. No se podrá contenerlos. La nobleza considera al vasallaje como parte de su libertad. Lo que anima a la sociedad es el ideal de un antiguo régimen, a la Montesquieu, adaptado a Rusia.

Sin embargo, el endurecimiento del régimen de Nicolás obligó a la nobleza a llevar más lejos su reflexión. Lee a Guizot, quien enseña que se puede extender los privilegios a las capacidades, a Tocqueville, quien muestra las ventajas de la descentralización y del autogobierno, es decir, de las asambleas locales nobiliarias. Pero es fundamentalmente Hegel quien inspira al primer historiador serio de Rusia, Sergio Soloviev. La evolución de la nación rusa halla su culminación en el Estado, que manifiesta el espíritu de Rusia y la liga a la historia universal. Falta todavía vincular la sociedad a la obra nacional, perfeccionar el Estado de derecho, participar en la forma nacional, en el concierto de la civilización.

Desgraciadamente, Nicolás no hace nada de eso o, por el contrario, ¡lo hace tan mal, tan torpemente, tan autoritariamente! Pushkin expone entonces un último argumento: “el Estado es el único europeo de Rusia”. La civilización en Rusia está refugiada en una estrecha balsa; alrededor se halla la barbarie, el océano campesino y las tempestades imprevisibles. La autocracia pesa mucho, pero “nos” protege.

En lo relativo a la posición de los intelectuales, ella está determinada por las ideas que éstos importan de Occidente. No son capaces de inventarlas, apenas de modificarlas y de simplificarlas. Lo más destacable es el eclipse de la influencia francesa y el triunfo de las ideas alemanas. Del romanticismo alemán, el pensamiento ruso sacó sucesivamente dos sistemas:

—El primero, es un nacionalismo teologizado, absolutamente hostil a todo lo que representa la Revolución Francesa. Ésta aparece como la catástrofe final ya anunciada por las aberraciones más antiguas de la Europa occidental: el legalismo de la iglesia católica, el individualismo protestante, el racionalismo postcartesiano y, finalmente, la irreligión filosófica y el liberalismo burgués. Rusia ha permanecido indemne frente a todos esos horrores. Ella posee, en la ortodoxia (reinterpretada a través de la teosofía alemana), el tesoro de la verdad. En la comunidad campesina, en el vínculo de amor que une el pueblo a su Zar, ella detenta el secreto de una normativa de gobierno, orgánica, la única que podrá sanar a este infeliz Occidente desgarrado, sin alma.

—El segundo, es el socialismo. También él se presenta como una crítica no tanto a la Revolución Francesa, cuanto a la sociedad que resultó de ella.

Dejando a un lado el componente religioso, Herzen orienta hacia la izquierda los valores del nacionalismo eslavófilo. La idea esencial es que Rusia contiene *ya*, en la forma de la comuna rural, una fórmula social muy superior a cuanto puede proponer Europa. Conserva todavía alguna esperanza en un Zar ilustrado que lo encarnará, para asombro del mundo; luego, desilusionado, al tomar contacto con el mundo socialista parisino, termina aceptando el espíritu revolucionario.

A la muerte de Nicolás, el espíritu de 1789 sigue siendo ajeno a Rusia, ya sea porque, debido al retardo histórico de ésta, él no está entre los problemas que más le interesaban, ya sea porque, a causa de las influencias intelectuales que sufrió, Rusia haya sido particularmente sensible a la crítica de 1789, tal como se la formuló en Alemania, tanto en la derecha como en la izquierda.

### ¿CÓMO NEGOCIAR LA CRISIS? 1861-1917

Luego de las reformas de los años sesenta, Rusia constituyó, por fin, su sociedad. Se levantó el cerrojo del vasallaje. La economía moderna se desarrolla rápidamente. Los beneficios y los perjuicios de la instrucción se extienden a todas las clases. La seguridad, la libertad de las personas es justamente aquélla con que soñaba Rusia desde hacía un siglo. El antiguo régimen había ya alcanzado su madurez. La sociedad civil, cada vez más segura de sí, reclama participar en los negocios. Resumiendo, la revolución rusa comienza, como comenzó la francesa en el siglo XVIII. Y, esta vez, el modelo francés está a la vista de todos.

La obra que se representa tiene tres personajes: el Estado, la sociedad civil y la "intelligentzia" revolucionaria. El primero quiere evitar el 89, la segunda quiere el 89; pero desea evitar el 92, es decir, el desastre previsto por Pushkin: "La revuelta a la rusa, absurda y sin cuartel". La tercera quiere evitar el 89, justamente porque quiere el 92 y más precisamente la utopía que se dibuja más allá del 92.

Si el Estado tuvo que hacer un viraje decisivo a comienzos del reinado de Alejandro II, fue porque se hallaba ante una crisis de poderío. El sistema petroviario había bastado para vencer a Napoleón I, pero había llegado al límite en Crimea, ante Napoleón III y Victoria. Por eso había tomado la delantera, suprimiendo el vasallaje, forzando a la nobleza reticente a entrar en el mundo moderno. Organiza el Estado de derecho. Perfecciona la red de enseñanza secundaria y superior, si bien descuidando por largo tiempo la primaria. Impulsa la industrialización. En resumen, se integra plenamente a su papel de "Aufklärer" en un absolutismo liberal que, según piensa, debe concitar la aprobación general. ¿Acaso no se halla él en la vanguardia del "desarrollo"?

Esta conciencia de ser un gobierno ilustrado, de ser el custodio de la grandeza rusa, no lo predispone a capitular ante las fuerzas sociales que él

mismo desarrolló y organizó tan poderosamente. Quiere conservar la iniciativa. No se imagina que puedan tomarla los grupos sociales y que esta iniciativa competidora y distinta pueda contribuir al bien común. Conserva su afición por los métodos burocráticos que, en Rusia, no se distinguen fácilmente de los métodos militares. Por lo demás, si por su aspecto de monarquía militar el Estado ruso civilizado está abierto a una administración racional, no debe olvidarse que también es una monarquía de derecho divino. El Emperador de San Petersburgo es también el Zar ungido en Moscú, dualidad que no es tan diferente de aquella de la monarquía francesa bajo Luis XV y Luis XVI. No le faltan razones, pues, para estar prevenido en contra de la devolución de su poder a la sociedad, a la que debió consentir Luis XVI.

Para ello, empleó dos medios principales.

El primero, fue guardar el control sobre todos los centros de autonomía que había creado o sobre los que fueron naciendo espontáneamente. Las asambleas de Zemstvo, las municipalidades, las universidades, las corporaciones, los "Estados", los grupos alógenos, los judíos, las empresas, los bancos, los sindicatos, fueron reglamentados, sometidos a vigilancia administrativa.

El segundo, fue dejar aparte a la inmensa mayoría de la población del Imperio, al campesinado. Se lo sustrajo al derecho común. Los campesinos dependían de una justicia especial, de un código penal diferente. Se les mezquinó la instrucción. En tanto que el Japón, a comienzos de la era Meiji, se abocaba a la generalización de la instrucción primaria, en Rusia hubo que esperar hasta los inicios del siglo xx. El punto decisivo fue que los campesinos no tienen acceso, o lo tienen muy escaso, a la propiedad privada. La tierra pertenece a la comuna. Los campesinos viven bajo la tutela de la administración pública y de una organización comunitaria sofocante, cerrada a toda conciencia jurídica, destructora de la personalidad. De este modo el Estado ruso se creaba, según pensaba, una reserva patriarcal cristiana adicta al trono, protegida contra el liberalismo, el dinero, la proletarización y todas las malas cosas que vienen de Europa, ajenas, por naturaleza, al espíritu ruso.

La revolución de 1905 echó por tierra ese sueño. El Estado ruso, sin embargo, se repuso momentáneamente tomando dos direcciones opuestas. En lo político, se esforzó por seguir el ejemplo bismarckiano. Esa fue al menos la política más o menos consciente de los dos últimos ministros inteligentes del antiguo régimen. Witte dio a Rusia una constitución de estilo prusiano que dejaba al emperador, a la burocracia y al ejército un papel de árbitros, pero que al mismo tiempo, ofrecía a las clases medias cierto campo de acción y de expresión. Stolypin liquidó, pero demasiado tarde, el régimen de excepción de los campos, permitiendo por fin al campesinado ser plenamente sujeto de derecho y tener iniciativas individuales.

Pero el compromiso dinámico que asociaba, como en el imperio alemán, un antiguo régimen a una sociedad dedicada a sus negocios y que sublimaba en el nacionalismo sus frustraciones políticas, un compromiso tal que debía saltarse la revolución, no funcionó. En efecto, el último destello del *Polizei-staat* a la rusa fue oscurecido por una evolución enteramente contraria a la monarquía. La corte y el Zar no siguieron y no comprendieron el proyecto de los ministros. Se hundieron progresivamente en una ensoñación neoeslavófila, en una utopía vagamente a la Rasputín, en una práctica de camarillas en que el Estado se descompone lentamente, pierde su legitimidad petrovianna sin recuperar, por supuesto, su legitimidad moscovita.

¿Se habría podido evitar esta ceguera? Nicolás II no era inteligente. Pero hay que considerar igualmente que las condiciones no eran tan favorables como lo fueron en Alemania. Bismarck había aplastado a Austria y luego a Francia, en tanto que Rusia había sido derrotada por Japón. El Imperio alemán era nacional, el Imperio ruso, multinacional. El partido revolucionario era tan radical, que era muy posible, incluso probable, que el 92 siguiera de inmediato al 89. Finalmente la gran “astucia” bismarckiana, la utilización del sufragio universal como fuerza conservadora, fracasó rotundamente en Rusia. El campesino votó por la izquierda.

El segundo actor de la obra ya no es sólo la nobleza, sino la “Sociedad”, las capas instruidas a la europea, los diplomados, los competentes, los ricos.

Esta sociedad, en lo que toca a sí misma, siempre había sido liberal. Transita lentamente del absolutismo liberal al liberalismo constitucional, a medida que va cobrando fuerzas. Crece sin cesar, en efecto, aun bajo el régimen antiliberal pero modernizador de Alejandro III. En los últimos años de la preguerra, ya está madura para tomar el poder. Pero, ¿cómo? Está consciente del vivero de salvajismo que representan el campesinado y la plebe proletarizada que se acumula en las ciudades. Esa es la razón de por qué vaciló siempre —y hasta vísperas de febrero de 1917— en derribar la gran máquina protectora que representaba el Estado ruso. Habría querido convencerlo, desesperadamente y, lo que es más, siempre encontró en la administración y en la corte a elementos “ilustrados”, “progresistas”, que también deseaban esta colaboración.

Sin embargo, cuando se inició la crisis en 1905, el partido Cadet que representaba a esta sociedad jugó a la Revolución francesa. Como el ejército imperial no estaba enteramente descompuesto, dicho partido no se atrevió a recurrir a la fuerza y no hubo toma de la Bastilla. Sentía, asimismo, que no dejaba de ser riesgoso apelar a las masas que comenzaban a escuchar al partido revolucionario, el que odiaba a los del Cadet aun más que a la monarquía. De todos modos, intentó transformar la Duma en asamblea constituyente: su juramento del juego de pelota, el “manifiesto de Vyborg” en la primavera de 1906, fue el que tuvo como consecuencia la disolución de la Duma.

Con posterioridad a esto, ya no preocupó a los Cadet el tener enemigos en la izquierda. En la cuestión agraria fingieron adherir al programa socialista contra Stolypin, que así apareció como un verdadero liberal burgués, contra los radicales francmasones de la Duma que temían serlo. Hay que comprenderlos, sin embargo. El antiguo régimen debía caer tarde o temprano. Si la sociedad civil quería gobernar, debía impedir que las masas cayeran bajo la influencia del tercer actor, el partido revolucionario; por lo mismo, ella debía aparecer algo más a la izquierda de lo que hubiese querido. ¡Ah! ¡Si el gobierno pudiera comprender...!

La "intelligentzia" radical, consolidada poco a poco en partido revolucionario, rechaza tanto al antiguo régimen ruso como al nuevo régimen franco-inglés y, por supuesto, el compromiso prusiano, austríaco o ruso, si es que existe. Es resueltamente crítica respecto a la Revolución Francesa, ya que ésta dio como resultado, desastroso a sus ojos, la sociedad burguesa liberal. Sobre este punto hay unanimidad en los populistas y en los marxistas de cualquier orientación.

Su objetivo político es, pues, destruir el Estado ruso y, enseguida —o simultáneamente— destruir la sociedad civil, candidata a su sucesión. Su conducta política es concordante con esta visión teórica. Hace todo lo que puede para impedir todo acuerdo entre el Estado y la "Sociedad" y empuja al Estado a mostrarse tan represivo y reaccionario como sea posible, obligándolo así a "desenmascarar" su verdadera naturaleza. Al mismo tiempo, se esfuerza por comprometer a los partidos moderados, denuncia sin tregua su colusión con el poder, "desenmascarándolos" frente a las masas. Toda la vida política consiste en esta competencia entre los moderados y los revolucionarios, frente al mundo obrero y al mundo campesino, ya que los revolucionarios están interesados en que la suerte de estos mundos sea penosa al máximo para que, por fin, abran los ojos frente al sistema del mundo liberador que ofrece su doctrina. De este modo, serán pues, simultáneamente, reaccionarios y revolucionarios, para poder desacreditar al "reformismo".

Hay, sin embargo, un momento de la Revolución Francesa, sobre el que los revolucionarios rusos no están de acuerdo: el terror.

En principio, populistas y socialdemócratas lo condenan. Unos y otros permanecen fieles a la crítica de Marx contra el terror y la dictadura inútil, perjudicial, contraria a la voluntad democrática y a la capacidad de autogestión de las masas. La futura revolución será suave. La inmensa mayoría del pueblo gobernará por sí misma y para sí misma y, al hacerlo, forjará la felicidad de las clases desposeídas que no tardarán en unirse a ella.

Fue Rusia, sin embargo, quien inventó el terrorismo moderno: la política terrorista, de objetivo escatológico indefinido, tendiente a exasperar la represión de Estado y a conmover la opinión pública; la técnica terrorista, con la constitución de células clandestinas compartidas y de un ala semilegal

apta para la manipulación de simpatías, el refugio más allá de las fronteras, la infiltración de los servicios de policía, la larga preparación de los atentados. Este terrorismo conoció dos momentos álgidos, a fines del reinado de Alejandro II y durante la Revolución de 1905-1907. Pero, desde muy temprano, tuvo sus teóricos, ya que se dice seguidor del decembrista Pastel, de Bakunin, de Netchaev, de Tkatchev. La idea de éstos, que no deja de ser razonable, es que el Estado ruso es, de hecho, un Estado débil, que la sociedad rusa carece aún de consistencia y vigor; que por consiguiente, hay un vacío provisorio que un grupo de conspiradores decididos puede llenar. El partido revolucionario no esperará el asentimiento de las masas; tomará el poder y aplicará el programa dictatorialmente. Éste consiste en un comunismo a la Babeuf y a la Blanqui, expresado en lenguaje marxista.

Con frecuencia, sus adversarios acusaron a Lenin de ser un blanquista ruso. Ello no es exacto. La idea leninista se funda en la armonía, preestablecida, entre el partido revolucionario y las masas, una armonía tal que, haga lo que haga el partido, cumple con la voluntad consciente o inconsciente de las masas. Esta ficción era mantenida firmemente, gracias a la ideología. Así pudo Lenin condenar enérgicamente al blanquismo y presentarse como el único demócrata consecuente. Ella le permitió, por otra parte, hacer no sólo el elogio de los terroristas rusos de *Zemlia i Volia*, de *Naroduiaia Volia*, sino de nuestros jacobinos franceses, de nuestros Marat, de nuestros Robespierre. El precedente invocado del terror francés, antes de la toma del poder, fue como la promesa y, consumada la toma, como la justificación del exterminio.

La guerra de 1914, al destruir el Estado, al arruinar la sociedad, al desorganizar los partidos populistas y socialdemócratas, dio su oportunidad a Lenin, quien supo aprovecharla. La revolución rusa que, desde 1861, parecía seguir paso a paso las etapas clásicas de la revolución inglesa y francesa, se bifurcó de pronto en una dirección desconocida y se internó al otro lado del espejo.

Resumiendo; Rusia había comenzado su revolución en 1905, con un retardo respecto a Alemania y a Austria (1848), a Japón (1868) y a España (pongamos 1873). Todos estos países llegaron, luego de no pocos reveses, al "régimen moderno". Rusia es la única que, por haber querido dejar atrás a la Revolución Francesa, sigue teniéndola ante sí.

Dos observaciones, para terminar:

1. La interpretación propuesta supone (lo que es contrario a toda mi filosofía) que hay una especie de curso obligado de la historia, por lo menos para hacerla pasar del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen. Todos los Estados europeos atravesaron esta crisis. Se puede hablar de un modelo clásico a propósito de la Revolución inglesa y de la Revolución francesa, porque el acontecimiento se produjo cuando las condiciones habían llegado a su madurez, y sin interferencia externa. Las conquistas napoleónicas

ahorrraron la revolución pero aportaron los resultados de ella, al menos a algunos de tales Estados, como Bélgica, Suecia, Alemania Occidental, Italia.

La Alemania bismarckiana, la Austria de Francisco José, España, hicieron su revolución en la sombra y el temor de la Revolución Francesa y, en cierto modo, demasiado tarde. Por eso ella tomó un cariz dramático. Sólo llegó a su término en 1918 para Alemania y Austria, quizás si habría que decir 1945, y 1975 para España. Convendría hacer notar que, ya se trate de Inglaterra o de España, la crisis de transición ha sido muy larga, en cada caso, del orden de un siglo.

El caso ruso es más trágico. En efecto, Rusia, a causa de su "retraso" y, al mismo tiempo, debido al hecho de que vivía al ritmo europeo, se halló cogida en una coyuntura cronológica catastrófica. Con mucha dificultad, a fines del siglo XVIII, Rusia se había dado un Antiguo Régimen nuevecito. Normalmente esta etapa debía durar varios siglos. Ahora bien, cuando este Antiguo Régimen recién nacido estaba aún marcado por toda clase de arcaísmos e imperfecciones, Rusia se vio conminada a pasar al régimen moderno. Esta intimación cada vez más indignada no provenía sólo de Europa occidental que había concluido su revolución, sino también de Europa central que se creía más civilizada y más liberal. A causa de esta presión constante y retomando la fórmula de Joseph de Maistre, el Antiguo Régimen ruso resultó "pasado antes de estar maduro". Ésta es una de las razones por las que el nuevo régimen no pudo surgir de su caída. Esta catástrofe cronológica, la imposibilidad de esperar el "momento oportuno" ("Kairos") volvió a producirse con la descolonización apresurada de Africa.

2. La confluencia entre la Revolución francesa y la Revolución rusa se produjo después de la Revolución de octubre. Junción artificial por lo demás: la Revolución francesa, respecto a la rusa, funcionó como una legitimación y como una falsa clave de interpretación.

Lenin y Trotsky comprendieron de inmediato todo el partido que podían sacar echando mano a los grandes recuerdos. El terror rojo, los tribunales especiales, la defensa de la Revolución, la amalgama en el ejército y, más tarde, los grandes procesos, fueron abiertamente referidos a nuestro episodio jacobino. Es sabido que nuestra historiografía, con Mathiez y Soboul a la cabeza, ha ratificado esta interpretación.

Como consecuencia, por reciprocidad, el desarrollo de nuestra revolución ha sido aplicado al de la Revolución rusa. Desde hace setenta años, estamos esperando "Termidor" (la Nep, el joven Stalin, el Stalin de la guerra, Jrutchev, Gorbachev) o Napoleón (Trotsky, Stalin, los "Militares", etc.). Es una actitud corriente el querer domesticar lo nuevo y lo desconocido reduciéndolo a una experiencia antigua y dominada.

Traducción:  
Prof. LUIS ENRIQUE JARA J.  
Depto. Lingüística